

Historia de la identidad regional en el sudeste asiático

Sebastián D. Baglioni

Universidad Nacional de La Plata

Juan Ignacio Piovani

Universidad Nacional de La Plata

Introducción

La designación de “Sudeste Asiático” para referirse a esta zona geográfica del mundo es relativamente nueva. Además, se trata de una denominación vinculada a la empresa colonial europea, especialmente la británica, y no representa –originalmente– una toma de posición o identidad¹ compartida de los países que componen la región, y que deciden desde sí mismos aglutinarse bajo este rótulo (Anderson, 1998²). Por otra parte, ella comprende realidades históricas, sociales, políticas y culturales diversas, y la unidad está dada más bien por aspectos geográficos y por la historia colonial reciente. Luego de su independencia, y por efecto de influencias tanto externas como internas, los países de la región toman esta denominación y la hacen propia. Se va a dar así un proceso de construcción de la identidad colectiva, primero alrededor de la defensa contra la percibida “amenaza comunista” y más tarde con la incorporación de los países post-comunistas de la zona.

Como sostiene Neher (1994:2):

“El audeste asiático, una región de notable diversidad, está compuesta por diez naciones con diferentes historias, tradiciones culturales, recursos naturales, y sistemas político-económicos. A excepción de la proximidad geográfica y el clima tropical, pocas características unen a estas naciones en un todo coherente. Sin embargo, la mayoría de ellas comparte ciertos patrones: un pasado colonial; la lucha por la independencia y la modernización luego de la Segunda Guerra Mundial; la penetración religiosa del Islam, Hinduismo, Budismo y Cristianismo...; economías agrícolas que en la última década dieron lugar a economías de manufacturas; confianza en los vínculos del tipo patrón-cliente para la consecución de objetivos; y un fuerte sentido de la aldea como unidad primaria de identidad”.

Antes de la Segunda Guerra Mundial, este territorio era conocido en occidente en referencia a las potencias coloniales que dominaban unas u otras áreas. La imagen unificada (como unidad

¹ Creemos conveniente recordar que el término ‘identidad’ es sociológica y antropológicamente complejo. En este trabajo no lo abordamos desde una perspectiva teórica profundizada. Lo utilizamos simplemente para remitir a complejos sistemas de representaciones compartidos por los miembros de un grupo o sociedad. Aludimos a procesos de construcción simbólica, a la vez dinámicos y trascendentales a un atributo determinado del grupo o sociedad, y que remiten a algún referente. En este caso dicho referente está asociado a la idea de lo “nacional” –y en la medida en que las naciones estudiadas se agrupan, también a lo “regional”– que es definido ya en términos de límites territoriales y espacios geográficos compartidos, ya en base a elementos culturales, étnicos, religiosos e idiomáticos comunes, o en base a ambos simultáneamente.

² Anderson (1998: 3-8) explica la tardía formación de la identidad regional del sudeste asiático recurriendo a factores endógenos y exógenos. Por un lado, enfatiza que la región no contaba con un poder hegemónico en torno al cual consolidar una identidad común, y por otro lado, subraya que esta disgregación se vio reforzada por las políticas de los potencias colonizadoras europeas, que optaron por establecer zonas de influencia aisladas entre sí. Esto se reflejó incluso en las estrategias de la lucha independentista, que a diferencia del caso de América Latina, no alimentaron alianzas entre grupos análogos de los países vecinos. Las alianzas se vieron limitadas al “único” mundo conocido, el de la relación “metrópoli-colonia”, entre los sectores progresistas de la primera y los grupos independentistas de la segunda.

geográfica o territorial primero; y luego como unidad político-cultural) está muy ligada a la invasión japonesa de principios de la década de 1940 y los consiguientes esfuerzos aliados por recuperar el control de la zona. De hecho, el nombre empezó a difundirse cuando los británicos decidieron crear un comando unificado, el Comando del Sudeste Asiático, para enfrentar a los japoneses y recuperar estos territorios.

“La expresión “Sudeste Asiático” parece haber sido creada a mediados del siglo XIX, pero sólo comenzó a ser ampliamente utilizada durante la Segunda Guerra Mundial en el ámbito militar y luego en los círculos gubernamentales. El primer mapa titulado “Sudeste Asiático” fue producido por la National Geographic Society durante la guerra y con propósitos militares, y en 1943 le fue conferido al Almirante Lord Louis Mountbatten el Comando del Sudeste Asiático (South East Asia Command, SEAC)” (Andaya, 1996: 134).

Sin embargo, es de destacar que dicho Comando no se refería aún al sudeste asiático tal cual se lo conoce en la actualidad. Por un lado, había notables exclusiones como es el caso de las Filipinas; y por otro, se incluían territorios ahora considerados externos a la región, como Sri Lanka, las Islas Christmas o las Maldivas. Además, Indonesia, Sabah, Sarawak y Brunei sólo fueron incluidos dos años más tarde.

Como resultado, la influencia externa a la región resulta clara cuando se considera la creación y consolidación de la denominación “Sudeste Asiático”. Completando el proceso, Andaya (1996) señala que en esos mismos años se creó una División de Asuntos del Sudeste Asiático, dependiente del Departamento de Estado del gobierno de Estados Unidos; y se abrieron las primeras unidades académicas dedicadas al estudio de la región en las Universidades de Londres (en la renombrada Escuela de Estudios Orientales y Africanos) y de Yale.

A pesar de que históricamente gran parte de la configuración y significación del término (y la realidad por él designada) estuviera marcada por razones y actores externos a la región misma, con el tiempo los pueblos así nombrados desarrollaron un sentido incipiente de identidad común. Es así que durante la década de 1970 comenzaron a referirse al sudeste asiático como su unidad geográfica natural y, especialmente a partir de ASEAN (1967), a actuar de manera coordinada a nivel regional en numerosos campos: desde negocios y emprendimientos económicos hasta acciones concertadas de producción alimenticia o formación académica.

Pero la comprensión de la región y su heterogeneidad no puede limitarse simplemente a un análisis del período colonial y su influencia en la determinación de muchas de las características actuales que le atribuimos. Otras influencias externas, mucho más remotas, la marcaron profundamente, aportando elementos distintivos que aún hoy persisten. En este sentido, dos son las cuestiones centrales que deben analizarse en términos de influencias externas previas a la colonización europea, ya que se consideran medulares en la constitución de la identidad social, cultural, religiosa y política de los países de la zona. Nos referimos muy particularmente al impacto de las civilizaciones china e india, primero, y al del Islam más recientemente.

La constitución de una proto-identidad bajo la influencia civilizatoria china e india

Esta zona, habitada originalmente por pueblos aborígenes, y cuyos primeros registros escritos datan del Siglo I, estuvo desde tiempos remotos bajo el influjo de las civilizaciones china e india. Es justamente en su contacto con estas culturas que nacen las primeras formas de organización política en la región. Las ideas políticas, la cultura y las religiones de estas grandes civilizaciones tuvieron gran impacto, al punto que se fueron constituyendo áreas de predominio chino, indio, o de influencias cruzadas sino-indias. Según Thaib (1997: 40):

“Gradualmente el sudeste asiático quedó prácticamente dividido en dos esferas –una bajo la influencia de la cultura india y otra bajo la influencia de la cultura china. La esfera india incluía la actual Myanmar (Birmania), Tailandia, Laos, Camboya y la península malaya. Era mucho más grande que la esfera china, que consistía en Tongking y Annam, y que se extendió a la Cochinchina luego de la caída del reino indianizado de Champa en Camboya”.

Si bien el área de influencia china fue territorialmente menor, su impacto resultó –especialmente desde el punto de vista político– más global que el de la civilización india. Esta última ejerció gran influencia en lo comercial, y a través de este desarrollo, impactó fuertemente en los aspectos sociales, culturales y religiosos de las comunidades de la región, aunque en términos generales no tuvo grandes implicaciones políticas. Por el contrario, la influencia china, además de aspectos sociales y culturales, se hizo sentir también en el ámbito político.

Creemos importante destacar que en tiempos recientes algunos académicos del sudeste asiático han cuestionado esta supuesta influencia civilizatoria china e india, que más que otra cosa representaría el esquema a través del cual los europeos intentaron entender una región heterogénea y dotarla de cierta unidad trascendental a aquella basada meramente en el espacio geográfico compartido.

“La literatura europea reforzó el estereotipo de la región como un simple receptáculo de las ideas culturales de India y China. La formación de muchos de estos expertos provenía originalmente de estudios chinos o del sánscrito, y en consecuencia tendían a pensar en la región como una versión diluida de China o India (Andaya, 1996: 131).

“[Así]... las ideas de procedencia india o china se transformaron en el marco general a partir del cual se podía vincular la asombrosa multiplicidad de culturas y pueblos, en una igualmente compleja unidad geográfica... Filipinas pasó a ser una anomalía debido a que las investigaciones de entonces no habían encontrado ninguna evidencia significativa de influencia india o china en las islas” (Andaya, 1996: 134).

A pesar de los muy atendibles argumentos de Andaya, y de la indudable cuota de etnocentrismo que tiñe las formas de representación que desde los centros académicos de Europa y Estados Unidos se desarrollan acerca de las culturas de otras regiones del mundo, cabe hacer notar que la posición arriba expuesta es aún bastante minoritaria. Incluso entre los expertos de la propia región suele recurrirse a la remota influencia de China e India para entender algunos de los más básicos elementos estructurantes de la cultura de los pueblos del sudeste asiático. Por otra parte, tal posición no niega la influencia de estas civilizaciones, sino que la modera, a la vez que pone en duda su unidireccionalidad.

Estas civilizaciones dejaron su huella en la cultura de los pueblos de la región y formaron el sustrato sobre el cual va a comenzar a modelarse la impronta de una nueva y fundamental influencia externa: el Islam.

Nuevas fuentes de constitución identitaria: la difusión del Islam en el sudeste asiático

El comercio, que en buena medida fue la vía de introducción de la influencia china, y particularmente india, sería también en gran parte un elemento central en la aparición de una cultura y religión de gran impacto en el sudeste asiático –la musulmana–, especialmente en la zona más expuesta a la civilización india. Según Thaib (1997) existe evidencia de que los árabes habían hecho incursiones comerciales en etapas muy tempranas, aunque los primeros registros que hablan de su presencia datan de los siglos VIII y IX. Desde el siglo X hasta fines del siglo XV, época de la llegada de los portugueses, los árabes tuvieron el dominio casi absoluto del

comercio con el este de Asia en general y con el sudeste de Asia en particular. Esto es sumamente significativo ya que, si bien no se puede fijar con precisión la fecha de llegada del Islam a la región, la importancia central de los árabes en el comercio acompañó la expansión de la religión en muchas zonas del sudeste asiático, especialmente en las actuales Malasia e Indonesia. Esta expansión se dio en términos generales de un modo pacífico y no ocurrió de un día para otro. Por el contrario, diversas áreas geográficas fueron islamizadas en períodos históricos distintos, y las formas en que estas ideas se fundieron con anteriores creencias también variaron de un lugar a otro. Sin embargo, existe en el proceso un punto de unidad: a diferencia de la expansión del Islam en otras partes del mundo, las conquistas militares y las imposiciones forzadas de estructuras de poder y normas socio-culturales fueron en esta zona muy escasas (Thaib, 1997).

Como indica Thaib (1997: 40), el Islam "... no sólo influyó la vida social de los pueblos sino que también surgió como una fuerza política". La influencia del Islam en la política se evidencia con gran ímpetu aún hoy en varios de los países de la región.³ Esto sin embargo, no debe sorprendernos, dada la tendencia de esta religión a no separar el dominio de la vida religiosa de los otros aspectos de la vida social, y a permear de este modo los valores y la cultura política. La identidad política basada en la religión es a veces tan fuerte que en los países del sudeste asiático en los que es una minoría, por ejemplo Filipinas, el Islam ha actuado como una fuerza de desintegración política; mientras que en los que constituye una mayoría, como el caso de Malasia, ha intentado establecer un estado basado en los valores islámicos (Thaib, 1997).

Las comunidades musulmanas del sudeste asiático siempre tuvieron a los principios religiosos como un marco de referencia para la conducta a nivel personal-individual, así como a nivel de estructuración de la vida social y política. Esta influencia comenzó a manifestarse con mayor fuerza luego de la independencia, cuando las nuevas naciones debieron redefinir su organización jurídico-política. Como ya se ha expresado, el influjo ha sido mucho más fuerte en países de mayoría islámica como Malasia e Indonesia, pero también se ha hecho sentir en aquellos en los cuales representan una minoría, Tailandia, Filipinas y Myanmar, al menos en las zonas geográficas de estos países en las que tal minoría se concentra.

Como es de esperarse, el rol político del Islam en todos estos países ha sido distinto. En Indonesia tuvo una especial participación en el período revolucionario de mediados del siglo XX, cuando luego del fin de la Segunda Guerra Mundial los holandeses intentaron recolonizar el territorio. Los musulmanes se mostraron mucho más unidos que durante el período colonial y se involucraron vivamente en actividades políticas y militares. En Malasia, donde la transición a la independencia estuvo "dirigida" por los británicos –antiguos colonizadores– la influencia política del Islam fue ganando espacio paulatinamente, y cobró gran preponderancia a partir del "Resurgimiento Islámico" de mediados de la década de 1970.⁴ En Tailandia y las Filipinas, países en los que la minoría musulmana se concentra en la región sureña, la influencia del Islam –que no llega a marcar el rumbo de la política nacional– se ha manifestado en movimientos independentistas.

La colonización europea: de la aldea al Estado-Nación

³ En este sentido cabe destacar la importancia del movimiento de resurgimiento islámico (*Islamic Revivalism*) a partir de mediados de la década de 1970, especialmente en Malasia. Por otra parte, este movimiento, inspirado políticamente en la Revolución Iraní e ideológicamente en la reflexión desarrollada en importantes centros filosófico-religiosos de Pakistán, buscó además difundir una versión más "pura" del Islam. Recuérdese que muchos estudiosos habían caracterizado al Islam del sudeste asiático como "pobre", "sincrético" y "poco interesado por las cuestiones de doctrina" (véanse las referencias a Smith y Greetz en el texto de Thaib, 1997).

⁴ Véase nota 2.

Las fuentes de constitución identitaria vinculadas a la difusión del Islam en la región fueron principalmente de tipo religioso-cultural. Si bien el corpus de creencias no se limita —como ya se ha indicado— al nivel personal-individual, sino también al nivel de estructuración de la vida social y política, su impacto en este último sentido se manifestó en el marco de la forma de organización típica de muchos de estos pueblos: el principado, y su unidad, la aldea⁵. Como se ha puesto de manifiesto en la sección anterior, el Islam va a adquirir nuevas dimensiones, en cuanto fuente de identidad política, luego de que el legado colonizador europeo impulsara al Estado-Nación como modelo de ordenamiento jurídico-político y territorial. El proceso colonizador, por lo tanto, tuvo un fuerte impacto en el desarrollo de la identidad basada en la unidad político-territorial.⁶

En efecto, la dominación colonial resultó en la formación de estados con límites territoriales viables, ya que los imperios los garantizaban, posibilitando de este modo un sentido de estabilidad y orden. Durante esta época, por otra parte, comienza a desarrollarse todo el sistema de infraestructura de la región y se introduce la economía monetaria (Neher, 1994). Hacia fines del siglo XIX los más importantes límites nacionales habían sido demarcados y toda la zona, con la excepción de Tailandia⁷, se encontraba bajo dominio europeo.

Según Neher (1994), la consecuencia más importante del período colonial fue su directo impacto en el desarrollo del nacionalismo. Las naciones coloniales se convirtieron en estados territoriales unificados en lugar de los desintegrados principados dinásticos, anteriores a la colonización. En sus propias palabras (1994: 2):

“La similitud más llamativa entre las naciones del sudeste asiático ha sido el movimiento post-independencia, desde un sentimiento difuso de nacionalismo hacia fuertes lealtades nacionalistas. El movimiento nacionalista se ha manifestado de varias maneras, pero sus raíces se encuentran en la común historia colonial experimentada por todas estas naciones, así como en su común dominación a manos de los japoneses durante la Segunda Guerra Mundial”.

Ya en el siglo XX, y con una organización territorial consolidada, otro hecho externo va a contribuir a reforzar la incipiente identidad nacional: la Segunda Guerra Mundial. Como destacado escenario de la contienda, ésta va a traer aparejadas importantes consecuencias para la región. La defensa de su territorio, al lado de las fuerzas coloniales europeas, va a potenciar el sentido de unidad. La invasión japonesa y su brutal ejercicio del poder ayudaría a difundir popularmente (y a imponer) la necesidad de liberación del dominio extranjero, idea hasta entonces restringida a algunos pocos intelectuales locales educados en los también restringidos ambientes progresistas de las metrópolis.

La derrota militar de los europeos a manos de los japoneses pone en evidencia que su presencia no era “necesaria” para gobernar los países de la zona. Dicha sensación se vio fuertemente reforzada por la propaganda anti-occidental y panasiática del nuevo invasor.

⁵ Esto se aplica especialmente al archipiélago malayo.

⁶ Las primeras incursiones colonizadoras en la región datan del siglo XVI. En el contexto de la época de los “descubrimientos”, viajeros portugueses y españoles, en sus intentos por desarrollar rutas comerciales alternativas con el oriente, llegan a Malasia y Filipinas respectivamente. Sin embargo, cuando hablamos de colonización europea en esta sección nos referimos a un fenómeno de mucho mayor alcance, caracterizado por sistemas organizados de dominación imperialista consolidados especialmente durante el siglo XIX. En efecto, hacia fines de ese siglo toda la región, a excepción de Tailandia (véase nota 6), pasa a formar parte del sistema colonial de potencias como Francia, Holanda y Gran Bretaña.

⁷ Tailandia es el único país de la región que no fue “formalmente” colonizado. Rodeado por posesiones británicas (al sur y el oeste) y francesas (al este y el norte), logró mantener un delicado equilibrio entre los intereses de ambas potencias. Ellas tuvieron igualmente injerencia en el Reino, aunque nunca pudieron anexarlo en calidad de colonia.

El fin de la guerra traería grandes cambios a la región. Las ideas independentistas habían madurado y, en consecuencia, los movimientos de liberación, muchas veces liderados por carismáticas figuras locales, se multiplicaron por todos los territorios. Los europeos intentaron retomar el control de sus antiguas colonias, pero debieron enfrentarse con las milicias independentistas. Cabe destacar que la experiencia de cada país fue distinta, y que el proceso de independencia se extendió durante unos veinte años hasta alcanzar su consolidación. En Filipinas y Malasia, aún con diferencias muy significativas, la independencia fue conquistada bajo la “supervisión” o el beneplácito de la antigua potencia colonial. Vietnam e Indonesia, en cambio, debieron enfrentar militarmente los intentos de recolonización.

La consecuencia principal del proceso independentista fue el nacimiento de los actuales estados soberanos del sudeste asiático. Si bien ellos van a adoptar el modelo occidental de organización política, con el tiempo, y en la medida en que se revisa la experiencia colonizadora y se recuperan los valores y las tradiciones definidas como propias a los efectos de lograr una “identidad nacional”, se pondrá en discusión a la “democracia occidental” y su capacidad para realizar, conciliar y articular esos valores y tradiciones.⁸

Al mismo tiempo, el surgimiento de los nuevos estados soberanos va a favorecer la expansión de sus relaciones, ya no hegemonizadas por las antiguas potencias coloniales –aunque éstas aún conserven su importancia. De esta forma se empieza a quebrar la lógica impuesta por dichas potencias, que había mantenido a los pueblos del área aislados entre sí (Anderson, 1998). En realidad las relaciones intraregionales no se desarrollaron de un día para otro, y siguieron más bien un camino sinuoso y lleno de obstáculos. Durante mucho tiempo las nuevas naciones manifestaron sus recelos. La tensión más importante se produjo entre Indonesia –activamente vinculada con el movimiento de países no alineados– y Malasia. La primera llegó a promover una política oficial anti-Malasia, considerando a esta última como un títere de los intereses imperialistas. A pesar de ello, y gradualmente, los imperativos de la Guerra Fría, como veremos en la sección siguiente, comenzarían a modelar las relaciones intraregionales y a favorecer como consecuencia el desarrollo incipiente de una identidad regional. Se mantiene así un hecho de continuidad: el gran impacto de los factores externos en la definición de lo regional.

De la identidad nacional a la identidad regional: el impacto de la Guerra Fría en la política y en la planificación de una identidad regional

La Segunda Guerra Mundial da lugar al surgimiento de un mundo bipolar caracterizado por bloques antagónicos cuyo enfrentamiento creciente conocemos como “Guerra Fría”. Al igual que cualquier otra región del mundo, pero especialmente por haber sido escenario de la contienda misma y haber quedado divididos en áreas de influencia de uno y otro polo, los imperativos de la Guerra Fría van a marcar la política de estos países por varias décadas. Como sostiene Neher (1994: 9):

“Desde la Segunda Guerra Mundial, prácticamente todos los conflictos en el sudeste asiático han estado relacionados con la política de la guerra fría...”

Tan temprano como en 1954 se hacen sentir estos imperativos. En ese año, y bajo el auspicio de los Estados Unidos, se crea la *Organización del Tratado del Sudeste Asiático* (conocida por su sigla en

⁸ Más adelante retomaremos esta cuestión de los valores asiáticos y su importancia en el campo de la organización política y de la identidad nacional y regional.

inglés, *SEATO*)⁹, que constituye una alianza militar de defensa recíproca ante un eventual avance comunista (Anderson, 1998). Sin embargo, esta tendencia se hace evidente particularmente a partir de la década de 1960, cuando se van consolidando los nuevos estados soberanos y la política regional queda indisolublemente ligada a las manifestaciones del conflicto entre los bloques norteamericano y soviético. Los generalizados avances militares y políticos de las fuerzas comunistas, no sólo en Indochina, sino también en países como Indonesia y en otros con gobiernos abiertamente pro-occidentales como Malasia, Tailandia y Filipinas, despertaba el temor de que toda la región quedara bajo su influencia directa. En 1961 estas tres últimas naciones, que percibían al comunismo como una amenaza interna y externa, decidieron agruparse en la *Asociación del Sudeste Asiático*, primer antecedente de la integración regional en esta parte del mundo. Esta asociación, cuyo objetivo principal estaba vinculado a la política de contención del comunismo, con el fuerte respaldo de las potencias occidentales con presencia militar en la región (Estados Unidos y Gran Bretaña, especialmente), fracasó al poco tiempo de su gestación, principalmente debido a la fuerte oposición de Indonesia, que a pesar de no pertenecer al grupo, era lo suficientemente poderosa como para boicotearlo exitosamente. En efecto, las relaciones entre Indonesia y sus vecinos, particularmente Malasia, estaban muy deterioradas a principios de esa década. La política indonesia de *confrontasi* (que expresaba, como vimos, una fuerte confrontación con Malasia, percibida como nación títere del poder británico) estaba en pleno desarrollo y se manifestaba, entre otras cosas, en los conflictos territoriales por la posesión de Borneo (territorios sobre los cuales Filipinas también sostenía reclamos).

Hacia mediados de la década, los desarrollos políticos internos de Indonesia repercutieron en un notable mejoramiento de las relaciones con sus vecinos no comunistas. En 1967 ya estaban dadas las condiciones para retomar la idea de una asociación regional. Es así que se decide la conformación de ASEAN (*Asociación de Naciones del Sudeste Asiático*), cuyo objetivo principal, al igual que en el caso del primer intento de integración entre Malasia, Tailandia y Filipinas, seguía siendo la contención del avance comunista en la región. En esta oportunidad, sin embargo, la asociación incluyó a un actor regional clave –Indonesia– y al recientemente independizado Singapur. De este modo, ASEAN quedó constituido por cinco países, los dos ya mencionados además de Malasia, Tailandia y Filipinas.

A lo largo de los años, la cambiante situación internacional, así como la dinámica interna de las naciones de la región, tendrán importantes repercusiones para ASEAN. Sus objetivos se irán acercando progresivamente a aquellos enunciados en su carta fundacional, es decir, la promoción del crecimiento económico y del desarrollo social, la cooperación mutua y la estabilidad regional. Éstos eran, en sus inicios, tan sólo una expresión social (e internacionalmente) deseable que escondía su objetivo más concreto, definido en términos de las exigencias de la Guerra Fría, y al que ya hemos hecho referencia.

La Postguerra Fría y la consolidación de la identidad regional

A partir de la década de 1980 comenzaron una serie de importantes transformaciones a nivel mundial que van a consolidarse a principios de los años 90. Ellas implicaron la disolución del mundo bipolar característico del período de Guerra Fría y dieron a paso a un “nuevo orden mundial”, aún en construcción y cuyas características son objeto de debate por parte de los académicos de relaciones internacionales. Algunos creen en un mundo unipolar, con los Estados Unidos como potencia hegemónica. Otros vislumbran el surgimiento de un orden fragmentado e interdependiente, con los Estados Unidos, Europa, Japón y China como actores principales.

⁹ Cabe aclarar que la *SEATO* incluyó a otras potencias extraregionales, además de los Estados Unidos. Entre ellas se destacan Francia y Australia.

Finalmente, están aquellos que se inclinan por esta última alternativa sólo como una consecuencia “a futuro” de las transformaciones mencionadas. Hasta que ella se consolide –argumentan– se dará un período de preponderancia norteamericana.

Con respecto al sudeste asiático, estos cambios a nivel mundial tuvieron importantes derivaciones. La disolución del bloque soviético ha alterado la relación de fuerzas, disminuyendo de modo notable su presencia e influencia, especialmente fuerte en Vietnam y Camboya. China, por su parte, en sus relaciones con la región, ha decidido explotar en su propio beneficio las oportunidades ofrecidas por este nuevo contexto internacional, enfatizando las cuestiones económicas y comerciales. Los Estados Unidos, habiendo surgido nuevos imperativos de seguridad, y en la medida en que sus objetivos en la región han sido ampliamente alcanzados¹⁰, ha alterado sus prioridades de política exterior, relegando al sudeste asiático a un segundo plano (Neher, 1994).

Estos cambios internacionales, en conjunto con otros a nivel nacional de los países de la zona¹¹, hicieron posible que ella comenzara a pensarse a sí misma bajo una nueva luz. Un hecho destacable en este sentido fue la expansión de ASEAN, que recientemente ha incorporado, entre otros, a países como Vietnam. Irónicamente, éstos constituían en el pasado aquel “enemigo” para cuyo enfrentamiento había sido pensado el agrupamiento regional.

ASEAN ha pasado a ser el nodo alrededor del cual los líderes de la región han comenzado a gestar la construcción de una identidad regional que va mucho más allá de la mera integración comercial y económica, tal vez para muchos un prerrequisito en este proceso de construcción. En efecto, en muchos de sus documentos recientes se hace explícita mención a esto, y se manifiesta un especial interés por la integración cultural, elemento clave para trascender los límites de la identidad nacional y poder empezar a representar a la región como un “nosotros” desde el cual entender a los “otros”. Para la consolidación de este proceso, los líderes regionales han apelado con frecuencia a la muy debatida cuestión de los valores asiáticos, como aquello que les da identidad y que al mismo tiempo les permite pensarse como diferentes a los otros, especialmente a las potencias occidentales que tanto han marcado el rumbo de los acontecimientos en la región. Es por esto que en la sección siguiente abordaremos esta cuestión.

Valores Asiáticos: ¿reivindicación cultural legítima o justificación cínica del autoritarismo?

La idea de los denominados “valores asiáticos” implica la apelación a un conjunto de rasgos culturales propios de los pueblos de la región que conformarían una entidad singular y particular. Esto es, a pesar de reconocer la diversidad interna de los países asiáticos, se postula la idea según la cual todos ellos constituyen una civilización con patrones culturales definidos. El debate en torno a los “valores asiáticos” entonces, adquiere importancia en dos sentidos. En primer lugar, hace referencia a una serie determinada de valores como propios de esa cultura o civilización. En este punto resulta interesante centrar la discusión en torno a cuáles serían esos valores y qué grado de presencia e intensidad tienen en las distintas áreas geográficas del subcontinente. En segundo lugar, el debate alude a una implicancia política central: en la medida en que la cultura asiática descansa en valores propios, no compartidos (o parcialmente compartidos) por otras culturas, entonces no necesariamente las formas políticas conocidas en otras regiones del mundo serían beneficiosas para las unidades políticas del sudeste asiático. Más concretamente, esto

¹⁰ Dichos objetivos incluyen la desaparición de la “amenaza comunista”, la “estabilidad política” y el “crecimiento económico” de los países del área (Neher, 1994:10).

¹¹ Nos referimos especialmente a los cambios socioeconómicos en Vietnam, Laos y Camboya.

podría significar que el sustrato cultural asiático requiere de formas de organización específicas o *sui generis*, que no guardan correspondencia con las trayectorias políticas seguidas en occidente.

Zakaria apunta a la aparente contradicción entre la democracia como sistema político y los valores que ella implica por un lado, y las prácticas de disenso, conflicto, y alternancia en el poder por otro. Así, afirma: “[l]a aparente contradicción, sin embargo, puede resultar congruente con valores políticos de Asia en los cuales se otorga gran importancia a una autoridad fuerte mientras que las fuerzas de la oposición son meramente toleradas” (1989: 375).

Unido a ello, suele presentarse una opción tan simplista como falsa entre la estabilidad política y la calidad democrática. Esto es, en nombre de los potenciales conflictos y rivalidades que existen en estas sociedades, es mejor, se arguye, conformarse con un sistema (mucho) menos satisfactorio que el ideal. El objetivo central es que el mismo sea suficiente para asegurar un mínimo de convivencia pacífica. Es por ello que algunos autores han caracterizado a los países del sudeste asiático como sistemas de tipo “autoritarismo suave” (Brown, 1994; Means, 1998), o “quasi-democracia” (Zakaria, 1989) o semi-democracia (Neher, 1994).

La discusión, en consecuencia, gira en torno a la idea de que existen determinados rasgos específicos que hacen a la idiosincrasia de los pueblos asiáticos. En función de este sustrato cultural, se desprende, deben instaurarse instituciones políticas cuyo funcionamiento no contraríe los aludidos valores. En principio, es correcto afirmar que la manera en que una sociedad se organiza políticamente debe guardar correspondencia tanto con las tradiciones e historia de la(s) sociedad(es) en cuestión, como con las características sociales y culturales que constituyen su identidad. Sin embargo, es posible que esta cuestión sea utilizada como parte de una justificación política de formas autoritarias en nombre de una supuesta contradicción entre política y cultura.¹²

La importancia política del discurso en torno a los valores asiáticos resulta evidente al contemplar el caso de Singapur, una de las naciones más activamente comprometidas en este debate. Chua Beng Huat ha denominado a este proceso la “asiatización de Singapur”, al subrayar el uso político que se le ha dado a esta idea. La ideología nacional sostenida por el gobierno de Singapur se conoce como los “valores compartidos”, todos los cuales remiten a una posición esencialista de estilo comunitario, propio de la cultura asiática. Dichos valores abarcan ideas colectivas (familia, comunidad, nación) por sobre las individuales (persona, individuo); y unido a ello, la idea de armonía o consenso por sobre los conflictos y rivalidades. Esto último, aún a precio de imponer los valores de unidad y acuerdo en caso en que las diferencias (religiosas, sociales o políticas) persistan.

En la misma línea, Brown (1994) caracteriza a los valores asiáticos como una serie de factores y principios políticos tendientes a impulsar un fuerte corporativismo y rechazar la idea de pluralismo y disenso, legitimando un gobierno fuerte que decide e interpreta los intereses de la gente. Dichos factores incluyen la toma de decisiones por consenso y no por oposición de ideas, la primacía de la sociedad por sobre el individuo, y el énfasis en la familia y las tradiciones comunales.

¹² Esta clase de argumento ha sido “traducido” incluso como razonamiento del éxito económico de los países de la región: “[...]la idea del buen gobierno] fue utilizada frecuentemente por los líderes de algunos países para alegar que el crecimiento conseguido se debía puramente a la presencia de un liderazgo bueno, fuerte y comúnmente autoritario” (Ariff y Khalid, 2000: 23). Los autores critican justamente esta idea apuntando al hecho de que la combinación de factores políticos con conexiones económicas fue una de las principales causas de la denominada Crisis Asiática de 1997.

Paralelamente, la idea de los valores asiáticos actúa como una afirmación de identidad hacia el exterior; con relación a otras regiones o culturas, especialmente occidente. Así, Chua (1998: 40) afirma:

“Existe una ilusoria simplicidad en la forma en que estos valores son formulados. En contra de occidente, se privilegia a Asia; en contra de los derechos y capacidades individuales, se juxtaponen los intereses del ‘colectivo’; en contra del individualismo, se presenta a la comunidad y la familia. Lo que emerge es una simple dicotomía entre un comunitarismo asiático moralmente ‘bueno’ y, en contraposición, un individualismo liberal de occidente moralmente ‘decadente’”

En síntesis, la articulación política de los denominados valores asiáticos corresponde a la búsqueda de una identidad propia de la región. Dicha búsqueda intenta combinar los rasgos culturales fundamentales de estos países con una tradición política que en un principio era ajena a ellos. En otras palabras, luego de asumir (voluntariamente o de manera forzada) al estado como unidad política y la democracia como principio ordenador, los países de la región del sudeste asiático se encuentran embarcados en una empresa de autoreflexión y descubrimiento de sus propias raíces, de su identidad.

No obstante los riesgos obvios de “imperialismo cultural” implícitos en el proceso de difusión de las formas políticas europeas en todo el mundo durante el siglo XX (el denominado eurocentrismo político)¹³, existe en el caso de los valores asiáticos un riesgo opuesto. Al afirmar la necesidad de respetar formas culturales y tradiciones propias también es posible manipular dichas formas de manera tal de justificar un modelo de sistema político basado en el autoritarismo y la dominación. El desafío es, entonces, descubrir mecanismos genuinos de traducción de los principios democráticos a prácticas concretas, respetando al mismo tiempo la identidad cultural de los pueblos en cuestión.

Conclusión

A lo largo de las secciones anteriores hemos tratado de marcar una constante en el modo en que se definen las identidades en el sudeste asiático: la injerencia extranjera. Esta influencia ha sido fundamental al momento de concebir a la región como unidad, más allá de un simple punto de vista geográfico. Sin embargo, la presencia e influencia de factores exógenos es sólo un elemento –si bien de fundamental importancia– en la conformación histórica de la identidad del sudeste asiático. Al mismo tiempo estos factores se interrelacionan con un marcado contexto de heterogeneidad regional, muchas veces soslayado en la mirada unificadora de los extranjeros.

Las relaciones entre la influencia extranjera y la realidad histórica y cultural de los países de la región ha sido compleja. Por un lado, ha contribuido más a reforzar una heterogeneidad ya presente, que a consolidar una incipiente identidad regional. En este sentido, puede afirmarse que contribuyó a establecer diferencias desde las cuales construir la idea de lo nacional (por ejemplo, a través de la colonización europea) o lo subregional, en términos de una etnia o cultura particular (como es el caso de las influencias de las civilizaciones china, india y del Islam). Pero por otro lado, este mismo juego de relaciones entre factores y procesos externos con las realidades internas sentó las bases materiales sobre las cuales empezar a dar un significado más que geográfico al sudeste asiático (como sucedió durante la Guerra Fría). En este último sentido, se trató en gran medida de una imposición externa, que a la luz de sus propios imperativos de seguridad, forzó acuerdos estratégicos entre las naciones de la región.

¹³ Las formas políticas objeto de difusión en todo el mundo son europeas, aunque no necesariamente el agente difusor ha sido un país europeo, tal como lo demuestra ampliamente el involucramiento durante las últimas décadas de Estados Unidos en el sudeste asiático.

Sin embargo, en este largo proceso de constitución identitaria regional la influencia extranjera ha presentado límites concretos. En la medida en que los nuevos estados soberanos han alcanzado un cierto grado de estabilidad política y crecimiento económico, y en un contexto internacional que favorece los agrupamientos regionales, han sido ellos mismos los que han empezado a decidir la construcción común de un sentido de identidad, resignificando lo que implica compartir un espacio geográfico tanto a nivel de las relaciones intraregionales como extraregionales. ASEAN es un caso ilustrativo de este proceso: de una asociación pensada de acuerdo a la lógica de la Guerra Fría, para contrarrestar el avance comunista, evolucionó hacia otra orientada a la promoción del crecimiento económico y del desarrollo social, la integración cultural, la cooperación mutua y la estabilidad regional.

Resulta interesante ver cómo en este proceso de resignificación del espacio compartido y de las características que los unen –y que son las que hacen posible hablar de una identidad común– los líderes regionales han apelado a redescubrir valores y rasgos culturales que consideran propios y distintivos, y que sin embargo están enraizados en las ya mencionadas influencias externas. ¿Cómo es posible esto? ¿Se trata sólo de la ejecución de un proyecto destinado a “crear” tal unidad? Seguramente esto es parte de la explicación del proceso, pero para comprenderlo con mayor profundidad debemos recordar la que para muchos es una de las más importantes características que comparten los pueblos de la región: la capacidad de adaptación y de hacer propios, transformándolos, los rasgos heredados de siglos de dominación extranjera.

Tal como afirma Reynolds (1995: 434):

“La propia capacidad de las sociedades del sudeste asiático para utilizar elementos culturales extranjeros en su propio beneficio, moderándolos, resistiéndose a ellos, o transformándolos en ‘locales’, señala una característica asociada al temprano período [de la región]. Dicha característica es la adaptabilidad”

Al comprender el papel central que ocupa la capacidad de la región para adaptarse a las influencias externas a través de un juego de transformaciones y apropiaciones, se hace posible entonces vislumbrar un sudeste asiático cada vez más consolidado en su identidad y en su relación con el mundo; aún cuando este proceso sea dinámico y cambiante, y esté por lo tanto en constante construcción.

Referencias bibliográficas

Agosin, M. (1993), “Política comercial en los países dinámicos de Asia: aplicaciones a América Latina”. *Desarrollo económico*, vol. 33, número 131.

Andaya, L. (1996), “Ethnonation, nation-state and regionalism in Southeast Asia”. En *Actas, Southeast Asia: Global area studies for the 21st century*. Kyoto: Kyoto University.

Anderson, B. (1998), *The spectre of comparisons. Nationalism, South East Asia and the World*. Londres: Verso.

Brown, D. (1994), *The state and ethnic politics in Southeast Asia*. Londres: Routledge.

Chua Beng Huat (1998), “Racial Singaporeans: absence after the Hyphen” En Kahn, J. (ed.), *Southeast Asian identities*. Singapur: Institute of Southeast Asian Studies (ISEAS).

- Emmerson, D. (1986), "Rediscovering the State: political institutionalization in Southeast Asia". En Scalapino, R. et al (eds), *Asian Political Institutionalization*. Berkeley: University of California Press.
- Means, G. (1998), "Soft Authoritarianism in Malaysia and Singapore". En L. Diamond, y M. Plattner (eds.), *Democracy in East Asia*. Baltimore-Londres: John Hopkins University Press.
- Neher, C. (1994), *Southeast Asia in the New International Era*. Boulder: Westview Press.
- Reynolds, C. (1995), "A new look at old Southeast Asia". En *Journal of Asian Studies*. Vol. 54, # 2, May.
- Thaib, L. (1997), *The politics and governments of South East Asia*. Kuala Lumpur: Golden Books Centre SDN BHD.
- H. A. Zakaria (1989), "Malaysia: Quasi democracy in a divided society". En S. M. Lipset, J. Linz y L. Diamond (eds.), *Democracy in developing countries*. Vol 3. Boulder: Lynne Rienner.
- H. A. Zakaria (1990), "Introduction: Political contestation in comparative perspective". En N. Mahmood y H. A. Zakaria, *Political contestation. Case studies from Asia*. Singapur: Heinemann Asia.
- World Bank (1993), *The East Asian Miracle. Economic Growth and Public Policy*. New York: Oxford University Press.